

## Deporte

# EL DECLIVE DE LA IDEOLOGÍA «VOYEURISTA»

MANUEL CAMPO VIDAL

**S**I un alcalde de Madrid —don Carlos Arias Navarro, por ejemplo—, o de Barcelona —don José María de Porcioles, de infausta memoria—, o cualquier prócer de otra ciudad española, hubiese llamado de pronto a sus administrados a participar en una marathón popular, la convocatoria se hubiese saldado con un rotundo fracaso a pesar de coaligarse con el insulso slogan «contamos contigo». Ha bastado, sin embargo, con que los al-

caldes de la democracia diesen una cita popular de buena mañana, para que millares de ciudadanos de toda edad, sexo y condición despertasen atletas, o ciclistas, y tomaran la calle componiendo un multicolor espectáculo de masas, en cierto modo cargado de esperanza, como era posible leer a otro nivel en las primeras concentraciones de la eclosión democrática. ¿Qué ha sucedido en tan pocos años para que se operasen cambios tan radicales en la concepción del deporte, para que periclitasen miedos extraños a supuestos ridículos, inhibiciones tan arraigadas que se anidaban incluso en mentalidades de algún modo progresistas?

La lenta y dificultosa penetración de la democracia en el tejido social está comportando significativos cambios en la concepción popular de temas tan desconsiderados por la presunta intelectualidad establecida pero, sin embargo, tan importantes como el deporte: se aprecia un debilitamiento general del mal llamado deporte espectáculo (aunque el fútbol en las grandes ciudades resista espléndidamente) para dar paso a una revitalización sin precedentes del deporte-participación que es en realidad el único que merece la utilización del nombre.

Hay un cataclismo de valores ahí detrás: aparecen síntomas de caducidad en la ideología «voyeurista» y consumista del espectáculo deportivo favorecedora de una actitud pasivamente y reproductora de los valores esenciales de la ideología dominante para los años del desarrollismo: la satisfacción, la disciplina, el éxito, el sacrificio.

Frente a ese fenómeno surge la práctica deportiva popular que convierte bastantes calles de las ciudades, a la hora más inesperada, en improvisadas pistas de atletismo, que recupera

viejos clubs arrinconados que nunca tuvieron o ya dejaron de tener interés para la promoción político-deportiva del señor Samaranch o cualquier otro recto del montaje, que aprovecha intensamente los fines de semana para encontrar en el campo un paliativo a la falta generalizada de instalaciones deportivas: es decir, se configura así, en todas y cada una de las manifestaciones, de esa nueva realidad, una exigencia popular del derecho a la práctica del deporte que se anuncia ya para el futuro inmediato como una sólida componente de la demanda social, aunque los sismógrafos de los políticos no lo acusen todavía, salvo en casos muy particulares.

Ese resurgimiento de la práctica deportiva se produce afortunadamente desde coordinadas absolutamente contrapuestas a la ideología fascista del «interés del deporte para la mejora de la raza» o para «la óptima formación pre-militar», lejos desde luego de aquella definición impresa en 1924 en una publicación de corte mussoliniano —Popolo d'Italia—: «El deporte es la fuerza bajo la cual se manifiesta, actúa y vive en tiempo de paz uno de los más sanos y necesarios instintos: el instinto combativo.»

### El continuismo de las estructuras deportivas

El saludable crecimiento de la práctica deportiva en España y su cualitativa conversión progresiva en demanda social generalizada como expresión de una lucha por el derecho al deporte no viene acompañado por un cambio real de las estructuras deportivas heredadas del régimen anterior. En pocos terrenos como en el deportivo

se pone cada vez más de manifiesto la contraposición entre una ruptura radical impuesta por los hábitos populares y un continuismo inadmisibles en los organismos y en las personas rectoras del deporte oficial. El burdo enmascaramiento de las viejas estructuras deportivas bajo otros nombres de contenido menos comprometido no sirve en absoluto para esconder que en el plano deportivo seguimos estando en la primera mitad de los años setenta. Hasta que no se apruebe definitivamente una nueva ley de deporte en las Cortes —y aún entonces habrá que comprobar minuciosamente cual es su contenido renovador de las estructuras heredadas— seguiremos observando con preocupación como una parte de las actividades parlamentarias dedica más atención al deporte espectáculo que al deporte de base. (Recuérdese la pregunta formulada al Gobierno por dos diputados socialistas el 18 de noviembre pasado, exigiendo un control del precio de las entradas a los estadios de fútbol que sufren aumentos superiores al coste de la vida con la complicidad tácita del inefable Pablo Porta.) Entretanto, ni siquiera la consolidación de las administraciones autónomas supone elementos reales de renovación a la vista por ejemplo, de la política casi exclusivamente proteccionista de las federaciones seguida por la Generalitat de Cataluña.

Y bajo los niveles parlamentarios o los gobiernos autónomos, todavía no definidos ambos suficientemente sobre la estructuración futura del deporte, los niveles políticos intermedios suelen compensar su desconocimiento del tema aplicando esquemas caducos trasplantados de otras materias. Así, por ejemplo, surge la identificación errónea de todo club deportivo privado con clubs de élite negando apoyo





Frente a la ideología «voyeurista» del deporte, surge la reivindicación de la práctica a nivel popular.

en muchos casos a entidades auténticamente populares que tienen un carácter privado en su origen como consecuencia de la desatención oficial hacia el deporte de base practicada por el régimen anterior obsesionado, como todos los regímenes autoritarios, en manipular las posibilidades de alienación colectiva que brinda el deporte-espectáculo.

## La resistencia del fútbol

Pero la democracia no ha supuesto una rápida caída del deporte espectáculo como alguien se había atrevido a pronosticar. Existe un debilitamiento comprobado de la atención del público que encuentra, no obstante, elementos contradictorios de envergadura como las obras de ampliación en marcha en el estadio del fútbol club Barcelona, ya con capacidad para cien mil espectadores. Deberá reconocerse sin embargo, que el fútbol en general dispone de unos apoyos logísticos de excepción —más allá de su profundo arraigo como «deporte-rey», o mejor, «espectáculo-rey»— que son las quintillas y la Prensa deportiva. Los cuatro diarios deportivos —*As*, *Marca*, *Mundo Deportivo* y *Dicen*— constituyen un tipo de Prensa insólita en Europa —sólo Italia dispone de varios diarios especializados sobreviviendo en Francia

«L'Equipe»— que mantienen la afición al fútbol con más fuerza si cabe desde que la televisión ha dejado de constituir el tercer gran apoyo semanal para el seguimiento popular de ese deporte-espectáculo.

A esos importantes apoyos de carácter general que recibe el fútbol español habría que sumar los que auto-produce el F.C. Barcelona, club del que ya no se acierta a discernir si realmente interesa más su espectáculo deportivo o el espectáculo que ofrecen directivos, entrenadores de fugaz presencia, periodistas que se dejan atrapar por los líos del club, jugadores «inadaptados» y, últimamente incluso algunas esposas de jugadores. Desgraciadamente para la historia del F.C. Barcelona, la crónica de la entidad suele ser antes que deportiva, económica, judicial amarilla y en las últimas semanas incluso de espionaje, todo ello para gloria de la Prensa deportiva y de José María García, de probada incapacidad en ambos casos para no explotar el sensacionalismo y dedicar una cierta atención al deporte-base.

Los síntomas de que algo renovador sucede en el deporte español y que terminará afectando sensiblemente al espectáculo deportivo aunque sea a largo plazo, existen. Pero España se encuentra todavía a la cola de una clasificación de ciudadanos que practican deporte que encabezan Suiza y la Unión Soviética con un 20 por ciento,

la República Democrática Alemana con un 16, la República Federal con un 13, Francia con menos de un ocho e Italia con un tres por ciento que en este caso incluye en el computo a medio millón de poseedores de licencias para caza y pesca obtenidas en buena proporción por los beneficios que su posesión comporta.

Entretanto, mientras prosigue la sorda lucha de algunos diputados jóvenes para obtener una ley del deporte progresista frente a la activa resistencia a retirarse de los viejos jerifaltes deportivos que vistieron camisa azul, el deporte-base contará con la paulatina incorporación de ciudadanos a los que la democracia y la iniciativa de los nuevos ayuntamientos han llevado hasta el deporte, entretanto también y quizás para siempre, en el terreno del espectáculo deportivo, seguirá sucediendo algo que el presidente del Palermo, Renzo Barbera, definía recientemente con una sinceridad que ya quisiéramos encontrar aquí en los directivos españoles: «La mayoría de nuestra gente no tiene otra diversión, para millares de palerminatos de todas las clases sociales, el fútbol es un desahogo dominical, una válvula benéfica que hace olvidar tantas angustias, tribulaciones y dificultades de la vida cotidiana. Por tanto la autoridad debe tenerlo en cuenta.» Lo tiene, sin duda, desde hace muchos años, tranquilícese señor presidente. ■  
M.C.V.